

SODOMA



PODER Y ESCÁNDALO EN EL VATICANO

Frédéric Martel

SODOMA

PODER Y ESCÁNDALO EN EL VATICANO

FRÉDÉRIC MARTEL

Traducción de
Juan Vivanco y Maria Pons

Rocaeditorial

© Éditions Robert Laffont, S.A.S., París, 2019

Primera edición en este formato: marzo de 2019

© de la traducción: 2019, Juan Vivanco y Maria Pons
© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
info@rocaebooks.com
www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-17771-02-7

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

SODOMA PODER Y ESCÁNDALO EN EL VATICANO FRÉDÉRIC MARTEL

Este libro expone la decadencia en el corazón del Vaticano y de la actual Iglesia católica. Un brillante trabajo basado en cuatro años de investigación rigurosa, que incluye entrevistas a los más altos cargos eclesiásticos.

Sodoma revela los secretos de un sistema que se inicia en los seminarios y continúa hasta el Vaticano; basado en la doble vida de algunos sacerdotes y en la homofobia más radical. La esquizofrenia resultante en la Iglesia es insondable.

Sodoma es un libro con un claro mensaje al Vaticano de parte de todos los que anhelan una Iglesia inspirada en el Evangelio, una Iglesia para los pobres, los marginados y los desposeídos.

Nadie puede reivindicar que realmente entienda a la actual Iglesia católica hasta que hayan leído este libro, que revela una verdad que es tan extraordinaria como perturbadora.

Sodoma, un libro-acontecimiento, se publica simultáneamente en ocho idiomas.

ACERCA DEL AUTOR

Frédéric Martel (Châteaurenard, 1967) es un escritor, investigador y periodista francés. Doctorado en Sociología, obtuvo además licenciaturas en Filosofía, Ciencias Políticas y Leyes. Ha trabajado como funcionario de la administración francesa. Actualmente dirige un programa en Radio France donde habla de las industrias culturales, los medios, internet y escribe para varias publicaciones francesas.

Como investigador y escritor ha publicado obras traducidas a más de veinte idiomas, entre las que destacan: *Cultura Mainstream. Cómo nacen los fenómenos de masas*, *Smart. Internet (s): una investigación* y *Global Gay*.

Sodoma es el resultado de cuatro años de investigación en los que ha vivido incluso dentro del propio Vaticano; ha recorrido treinta países, incluyendo España, México, Colombia, Argentina y Chile; y ha contado con un equipo de ochenta personas que han estudiado documentación y entrevistado con él a cardenales, obispos, sacerdotes y testigos de todo tipo hasta construir una obra magna no solo por sus dimensiones.

ACERCA DE LA OBRA

«Detrás de la rigidez siempre hay algo oculto; en muchos casos, una doble vida.»

Al pronunciar estas palabras, el PAPA FRANCISCO nos dio a conocer un secreto que esta investigación vertiginosa revela por primera vez en toda su enorme dimensión.

«*Sodoma* es la primera radiografía global de la vivencia deshonesto de la homosexualidad que estructura la vida eclesial en la Iglesia católica.»

JAMES ALISON, ESCRITOR, SACERDOTE Y TEÓLOGO CATÓLICO

NOTA DEL AUTOR Y DEL EDITOR

Sodoma se publica simultáneamente en ocho idiomas y en una veintena de países por las editoriales y los grupos editoriales siguientes: Robert Laffont (Editis) en Francia, Feltrinelli en Italia y Bloomsbury en el Reino Unido, Estados Unidos y Australia. También lo publica Agora en Polonia, Balans en Holanda, XXX en Japón y Sextante en Portugal. El libro es editado, a escala internacional, por Jean-Luc Barré.

Este libro ha acudido a gran cantidad de fuentes. Durante la investigación de campo, que ha durado más de cuatro años, han sido entrevistadas cerca de 1.500 personas en el Vaticano y en 30 países. De ellas, 41 eran cardenales, 52 obispos y *monsignori*, 45 nuncios apostólicos y embajadores extranjeros y más de doscientos sacerdotes y seminaristas. Todas estas entrevistas se han hecho sobre el terreno (personalmente, ninguna por teléfono ni correo electrónico). A estas fuentes de primera mano hay que añadir una vasta bibliografía con más de un millar de referencias, libros y artículos. Por último, se ha montado un equipo de 80 investigadores, corresponsales, intérpretes y traductores para llevar a cabo las pesquisas de este libro en los 30 países. (Véanse las «Fuentes» al final del libro.)

Todas estas fuentes, las notas, la bibliografía, el equipo de investigadores y tres capítulos inéditos a modo de «bonus», demasiado largos para incluirlos aquí, se juntaron en un documento de 400 páginas al que se puede acceder por Internet. Este código *Sodoma*, con más de 2.000 referencias de artículos y libros, se puede consultar gratuitamente en la dirección www.sodoma.fr; las actualizaciones se publicarán también con el hashtag #sodoma en la pági-

na de Facebook del autor: @fredericmartel, en la cuenta de Instagram @martelfrederic y en el hilo de Twitter @martelf.

PRÓLOGO

—Ese es de la parroquia —me susurra al oído el prelado, con voz de conspirador.

El primero en usar esta expresión codificada delante de mí es un arzobispo de la curia romana.

—Es muy practicante, ¿sabe? Es de la parroquia —insiste en voz baja, hablándome de las costumbres de un famoso cardenal del Vaticano, antiguo «ministro» de Juan Pablo II, al que ambos conocemos bien. Y añade—: ¡Y si le cuento lo que sé no me creería!

Por supuesto, lo contó.

En el libro nos cruzaremos varias veces con este arzobispo, el primero de una larga serie de sacerdotes que me han descrito una realidad que yo me maliciaba, aunque muchos la considerarán pura invención, una fábula.

—El problema es que, si dices la verdad sobre el armario y las amistades especiales del Vaticano, nadie te creerá. Dirán que te lo has inventado. Porque aquí la realidad supera la ficción —me dijo un franciscano que también trabaja y vive dentro del Vaticano desde hace más de treinta años.

Pese a todo, fueron muchos los que me describieron este armario. A algunos les preocupaba lo que yo pudiera descubrir. Otros me revelaron los secretos cuchicheando, para, a renglón seguido, contarme los escándalos en voz alta. Otros, por último, tenían la lengua muy suelta, demasiado suelta, como si hubieran estado esperando muchos años para romper su silencio. Unos cuarenta cardenales y cientos de obispos, *monsignori*, sacerdotes y nuncios (los

embajadores del papa) aceptaron contarme cosas. Entre ellos, los que habían asumido su homosexualidad, presentes a diario en el Vaticano, me abrieron las puertas de su mundo de iniciados.

¿Secretos a voces? ¿Rumores? ¿Bulos? Yo soy como santo Tomás: para creer necesito comprobar. Por eso he tenido que hacer muchas indagaciones y vivir inmerso en la Iglesia. Pasé en Roma una semana de cada mes, incluso me alojé con regularidad dentro del Vaticano gracias a la hospitalidad de altos prelados que, a veces, también se revelaban como «de la parroquia». Además viajé por el mundo, fui a más de treinta países, conocí los cleros de Latinoamérica, Estados Unidos y Oriente Medio para reunir más de un millar de testimonios. Durante esta larga investigación pasé unas 150 noches al año investigando lejos de mi casa, lejos de París.

Durante estos cuatro años de indagaciones nunca disimulé mi condición de escritor, periodista e investigador cuando pedía entrevistas a los cardenales y sacerdotes, que a veces se negaron. En todas estas reuniones me presentaba con mi verdadero nombre, y a mis interlocutores les bastaba con hacer una simple búsqueda en Google, Wikipedia, Facebook o Twitter para conocer los detalles de mi historial de escritor y reportero de prestigio. Muchas veces estos prelados, pequeños y grandes, me tiraron los tejos solapadamente, y algunos con muy poco disimulo, de forma activa o intensa. ¡Gajes del oficio!

¿Por qué quienes estaban acostumbrados a callar aceptaron romper la *omertà*? Es uno de los misterios de este libro y su razón de ser.

Lo que contaron fue un tabú durante mucho tiempo. Un libro como este difícilmente habría podido publicarse hace veinte años, ni siquiera hace diez. Los caminos del Señor han permanecido durante mucho tiempo, diría yo, impenetrables. Hoy lo son menos, porque la dimisión de Benedicto XVI y la voluntad reformista del papa Francisco han ayudado a liberar la palabra. Las redes sociales, la audacia cre-

ciente de la prensa, la infinidad de escándalos eclesiásticos «de comportamiento» han hecho posible, y necesario, revelar hoy este secreto. Este libro, por tanto, no trata de la Iglesia en su conjunto, sino de un tipo muy especial de comunidad gay; cuenta la historia del componente mayoritario del colegio cardenalicio y del Vaticano.

Muchos cardenales y prelados que ofician en la curia romana, la mayoría de los que se reúnen en cónclave bajo los frescos de la capilla Sixtina pintados por Miguel Ángel — una de las escenas más grandiosas de la cultura gay, repleta de cuerpos viriles— rodeados de los *ignudi*, esos robustos efebos desnudos, comparten las mismas «inclinaciones». Todos tienen un «aire de familia». Con una alusión muy *disco queen*, un cura me susurró: «*We are family!*».

La mayoría de los *monsignori* que tomaron la palabra en el balcón de la Loggia de San Pedro entre el pontificado de Pablo VI y el de Francisco para anunciar tristemente la muerte del papa o exclamar, con franca alegría, «*Habemus papam!*» tienen un secreto en común. *È bianca!*

Ya se trate de «practicantes», «homófilos», «iniciados», «*unstraights*», «mundanos», «versátiles», «*questioning*», «*closeted*» o simplemente personas que permanecen «dentro del armario», el mundo que descubro, con sus cincuenta matices de homosexualidad, supera el entendimiento. La historia íntima de estos hombres que se muestran tan piadosos en público y llevan otra vida, bien distinta, en privado es una madeja difícil de desovillar. Puede que nunca las apariencias de una institución hayan sido tan engañosas, como lo son también las profesiones de fe sobre el celibato y los votos de castidad, que esconden una realidad muy diferente.

El secreto mejor guardado del Vaticano no es un secreto para el papa Francisco. Él conoce a su «parroquia». En cuanto llegó a Roma comprendió que tenía que vérselas con una corporación fuera de lo común en su género que no se limita, como se ha creído durante mucho tiempo, a

unas cuantas ovejas descarriadas. Es todo un sistema, y un rebaño muy numeroso. ¿Cuántos son? Eso da igual. Baste con decir que representan a la gran mayoría.

Al principio, por supuesto, el papa quedó impresionado por la amplitud de esa «colonia deslenguada», por las «cualidades seductoras» y los «defectos insoportables», que menciona el escritor francés Marcel Proust en su célebre *Sodoma y Gomorra*. Pero lo que a Francisco le resulta insoportable no es tanto que la homofilia esté tan extendida como la hipocresía desbocada de quienes predicán una moral mezquina y tienen un amante, o aventuras y que a veces frecuentan a prostitutas de lujo. Por eso el papa fustiga sin descanso a los falsos devotos, a los puritanos farisáicos, a los santurrones. Francisco ha denunciado a menudo esta duplicidad, esta esquizofrenia, en sus homilías matinales de Santa Marta. Sus palabras podrían muy bien aparecer como cita liminar al principio de este libro: «Detrás de la rigidez hay siempre algo escondido; en muchos casos una doble vida».

¿Doble vida? Lo dijo... y el testigo, esta vez, no es cualquiera. Francisco ha repetido a menudo estas críticas que apuntan a la curia romana: ha señalado a los «hipócritas» que llevan «vidas ocultas y con frecuencia disolutas», a quienes «maquillan el alma y viven del maquillaje», que la «mentira» erigida en sistema «hace mucho daño, la hipocresía hace mucho daño: es una forma de vivir». ¡Haz lo que digo, no lo que hago!

No hace falta decir que Francisco sabe muy bien a quiénes se dirige sin nombrarlos: cardenales, maestros de ceremonias papales, antiguos secretarios de Estado, sustitutos, minutantes y camarleros. La mayoría de las veces no se trata únicamente de una inclinación difusa, de cierta fluidez, de homofilia o de «tendencias», como se decía entonces, ni tampoco de sexualidad reprimida o sublimada, que también abundan en la Iglesia de Roma. Muchos de los cardenales que no han «amado a las mujeres, ¡aunque lleno de sangre!», como dice el Poeta, son practicantes. ¡Cuántos

rodeos estoy dando para decir cosas tan sencillas! ¡Tan chocantes ayer y hoy tan triviales!

Practicantes, sí, pero todavía dentro del armario. Podría hablarles de ese cardenal que aparece en público asomado al balcón de la Logia y estuvo implicado en un caso de prostitución sobre el que rápidamente se echó tierra; de ese otro cardenal francés que tuvo un amante anglicano en Estados Unidos durante mucho tiempo; o del otro que, en sus años mozos, desgranó aventuras amorosas como una monjita las cuentas de su rosario; por no hablar de los que conocí en los Palacios Vaticanos, que me presentaron a su compañero como su asistente, su minutante, su sustituto, su chófer, su edecán, su factótum, ¡hasta como su guarda-espaldas!

El Vaticano tiene una de las comunidades gays más numerosas del mundo. Dudo que haya tantos ni siquiera en el Castro de San Francisco, ese barrio gay emblemático, hoy más mixto.

En el caso de los cardenales más viejos, este secreto hay que buscarlo en el pasado: su juventud tormentosa y sus años licenciosos previos a la liberación gay explican su doble vida y su homofobia trasnochada. Durante mi investigación, muchas veces he tenido la impresión de retroceder en el tiempo hasta los años treinta o cincuenta del siglo pasado, que yo no he vivido, con esa doble mentalidad de pueblo elegido y pueblo maldito que le hizo exclamar a uno de los curas con quien más he conversado: «¡Bienvenido a Sodoma!».

No soy el primero que habla de esto. Muchos periodistas han revelado escándalos y *affaires* en la curia romana. Pero no era este mi propósito. A diferencia de los vaticanistas, que denuncian «vicios» individuales pero de este modo ocultan el «sistema», no hay que fijarse en los asuntos turbios, sino en la doble vida, bien trivial, de la mayoría de los dignatarios eclesiásticos. No en las excepciones, sino en el sistema y el modelo, «*the pattern*» («el patrón»), como dicen los sociólogos estadounidenses; los detalles, desde

luego, pero también las leyes que lo rigen —y, como veremos, en este libro habrá 14 reglas generales—. El argumento es la sociedad íntima de los sacerdotes, su fragilidad y su sufrimiento debido al celibato forzoso convertido en sistema. Por tanto, no se trata de juzgar a estos homosexuales, ni siquiera a los que disimulan —yo les tengo cariño—, sino de entender su secreto y su modo de vida colectivo. No me propongo denunciarles ni obligarles a salir del armario, mi proyecto no es el «*name and shame*», esa práctica estadounidense que consiste en hacer públicos los nombres para que se conozcan. Quede bien claro que para mí un cura o un cardenal no debe avergonzarse de ser homosexual; al contrario, creo que debería ser una condición social como cualquier otra.

Pero es necesario poner al desnudo un sistema basado, desde los seminarios más pequeños hasta el *sanctasanctorum* —el colegio cardenalicio—, en la doble vida homosexual y, a la vez, en la homofobia más ostentosa. Cincuenta años después de los disturbios de Stonewall, la revolución gay de Estados Unidos, el Vaticano es el último bastión que queda por liberar. Son muchos los católicos que barruntan esta mentira sin haber podido leer aún la descripción de Sodoma.

Sin este patrón de interpretación, la historia reciente del Vaticano y la Iglesia romana permanece opaca. Si se deja a un lado la dimensión ampliamente homosexual, se prescinde de una de las principales claves que ayudan a comprender la mayoría de los hechos que han empañado la historia del Vaticano desde hace décadas: los motivos secretos que tuvo Pablo VI para confirmar la prohibición de la contracepción artificial, el rechazo del preservativo y la obligación estricta del celibato de los sacerdotes; la guerra contra la «teología de la liberación»; los escándalos de la banca vaticana en la época del famoso arzobispo Marcinkus, también él homosexual; la decisión de prohibir el preservativo como medio de lucha contra el sida, a pesar de que la pandemia

iba a causar más de 35 millones de muertos; los casos Vatileaks I y II; la misoginia recurrente, y a menudo insondable, de muchos cardenales y obispos; la dimisión de Benedicto XVI; la rebelión actual contra el papa Francisco... En todos esos casos la homosexualidad ha desempeñado un papel crucial que muchos sospechan pero que nunca se ha contado claramente.

La dimensión gay no lo explica todo, claro está, pero es un criterio decisivo si se quiere entender el Vaticano y sus tomas de posición morales. También se puede suponer, aunque no sea el asunto de este libro, que para interpretar la vida de los conventos de monjas, sean o no de clausura, el lesbianismo es una clave importante. Por último, la homosexualidad también es, desgraciadamente, una de las claves que explican el encubrimiento institucionalizado de los crímenes y delitos sexuales que ya se cuentan por decenas de miles. ¿Por qué? ¿Cómo? Porque la «cultura del secreto» que era necesaria para mantener oculta la gran presencia de la homosexualidad en la Iglesia ha propiciado el encubrimiento de los abusos sexuales y ha dado a los depredadores la posibilidad de beneficiarse de este sistema de protección a espaldas de la institución; aunque la pedofilia tampoco es el asunto de este libro.

«Cuánta suciedad en la Iglesia», dijo el cardenal Ratzinger cuando, también él, descubrió la amplitud del armario en un informe secreto de tres cardenales cuyo contenido me ha sido revelado. Ese fue uno de los motivos principales de su dimisión. El informe, más que mencionar la existencia de un *lobby* gay, como se ha dicho, revelaba al parecer la omnipresencia de los homosexuales en el Vaticano, los chantajes y el acoso erigidos en sistema. Como diría Hamlet, algo está podrido en el reino del Vaticano.

La sociología homosexual del catolicismo también puede explicar otra realidad: el fin de las vocaciones. Durante mucho tiempo, como veremos, los jóvenes italianos que descubrían su homosexualidad o tenían dudas sobre sus inclinaciones optaban por el sacerdocio. Esos parias se con-

vertían así en iniciados, sacando fuerzas de flaqueza. Con la liberación homosexual de los años setenta y la socialización gay de los ochenta, las vocaciones católicas, como es natural, han disminuido. Hoy en día a un adolescente gay se le abren otros horizontes, incluso en Italia, y no necesita tomar los hábitos. El fin de las vocaciones tiene distintas causas, pero la revolución homosexual es, paradójicamente, una de las principales.

Esta matriz explica, por último, la guerra contra Francisco. Para entenderlo es preciso ser contraintuitivos. Este papa latino fue el primero en usar la palabra «gay» —y no solo «homosexual»— y, si le comparamos con sus predecesores, se le puede considerar el más *gay-friendly* de los soberanos pontífices más recientes. Ha usado palabras mágicas y astutas para referirse a la homosexualidad —«¿Quién soy yo para juzgar?»— y cabe pensar que este papa probablemente no tiene las tendencias ni la inclinación que se han atribuido a cuatro de sus predecesores recientes. Sin embargo, los cardenales conservadores, que son muy homófobos —y en la mayoría de los casos secretamente homófilos—, han lanzado una campaña furibunda contra él basada en su supuesto liberalismo en materia de moral sexual.

¡El mundo al revés, en cierto modo! Incluso podría decirse que en Sodoma hay una regla no escrita que siempre se cumple: cuanto más homófobo es un prelado, más posibilidades hay de que sea homosexual. Estos conservadores, estos «carcas», estos *dubia*, son ni más ni menos que los famosos «rígidos que llevan una doble vida» de los que tanto habla Francisco.

«Se acabó el carnaval», cuentan que le dijo el papa a su maestro de ceremonias en el momento mismo de su elección. Después el argentino quiso acabar con las intrigas de complicidad y fraternidad homosexual que habían cundido solapadamente con Pablo VI y habían proliferado con Juan Pablo II hasta llegar a ser ingobernables con Benedicto XVI, precipitando su caída. Con su índole tranquila y su relación